

Migración, trabajo y capital humano: El desafío silencioso del desarrollo argentino

La población constituye uno de los recursos estratégicos más importantes de un Estado. La capacidad de una nación para desarrollarse económica, tecnológica y socialmente depende, en gran medida, de la calidad, formación, productividad y estabilidad de sus recursos humanos. En este sentido, los procesos migratorios —tanto de emigración como de inmigración— tienen un impacto directo en las capacidades estructurales de un país, afectando variables vinculadas al crecimiento económico, la innovación, el mercado laboral, la sustentabilidad fiscal y la cohesión social.

Durante las últimas décadas, Argentina ha experimentado transformaciones migratorias relevantes. Por un lado, se ha observado un flujo sostenido de emigración de ciudadanos argentinos hacia destinos como Europa y Estados Unidos, un fenómeno frecuentemente asociado a la búsqueda de mayor estabilidad económica, seguridad, previsibilidad institucional y mejores oportunidades de desarrollo profesional. Paralelamente, el país ha continuado recibiendo importantes corrientes inmigratorias provenientes principalmente de países limítrofes y de otras naciones de América Latina.

El debate en torno a estos procesos suele centrarse no solo en la magnitud cuantitativa de los movimientos migratorios, sino también en el perfil socioeconómico y educativo de quienes emigran e inmigran. En términos estratégicos, la pérdida de población joven y potencialmente calificada puede representar un desafío significativo para países que tienen dificultades para lograr un crecimiento sostenido, particularmente en contextos de estancamiento económico y de baja generación de empleo de alta productividad. Del mismo modo, la inmigración puede constituir un factor positivo para compensar problemas demográficos y sostener determinados sectores de la economía, aunque sus efectos a largo plazo dependen en gran medida del nivel de integración, capacitación y absorción laboral de los contingentes migratorios.

En este marco, el presente trabajo analiza la evolución de la emigración e inmigración en Argentina durante los últimos aproximadamente treinta años, con el objetivo de identificar tendencias, perfiles predominantes, destinos y orígenes principales, así como posibles implicancias económicas y sociales derivadas de dichos procesos.

Marco conceptual

Los movimientos migratorios han sido históricamente uno de los principales factores de transformación económica, demográfica y geopolítica de los Estados. La capacidad de atraer, retener e integrar la población productiva ha influido directamente en el crecimiento económico, la expansión territorial, el desarrollo industrial y la consolidación institucional de numerosas potencias a lo largo de la historia.

En términos estratégicos, la población constituye un recurso central para el desarrollo de un país. No solo constituye la base del mercado laboral y del sistema productivo, sino también del sistema científico-tecnológico, educativo, fiscal y de defensa. Por este motivo, los flujos migratorios poseen implicancias que exceden la cuestión humanitaria o demográfica y afectan directamente las capacidades estructurales de los Estados.

A lo largo de la historia moderna, numerosos países emplearon políticas migratorias como herramientas para el fortalecimiento nacional. Durante el siglo XIX y principios del XX, tanto Argentina como Estados Unidos promovieron activamente la inmigración masiva como mecanismo para expandir sus economías, poblar territorios y aumentar su capacidad productiva. En ambos casos, la llegada de millones de inmigrantes europeos contribuyó al desarrollo agrícola, industrial y urbano, favoreciendo procesos de modernización económica y de crecimiento demográfico acelerado.

En el caso argentino, el modelo agroexportador de finales del siglo XIX se apoyó en gran medida en la inmigración europea, principalmente proveniente de Italia y España. Entre 1880 y 1914, Argentina recibió millones de inmigrantes que se incorporaron al mercado laboral, impulsaron la expansión urbana y contribuyeron al crecimiento económico del país. Este proceso transformó profundamente la estructura demográfica y social argentina, convirtiendo al país en uno de los principales receptores migratorios del mundo en términos relativos durante ese período.

De manera similar, Estados Unidos consolidó gran parte de su expansión económica e industrial mediante sucesivas olas inmigratorias europeas y, posteriormente, asiáticas. La combinación de crecimiento económico, estabilidad institucional y demanda de mano de obra permitió que la inmigración actuara como un multiplicador de la productividad y de la capacidad nacional.

Sin embargo, los efectos de la migración dependen en gran medida del contexto económico y del perfil de los flujos migratorios. Diversos autores y organismos internacionales destacan que la incorporación de población joven y calificada puede generar aumentos de productividad, innovación y competitividad. Por el contrario, la emigración sostenida de sectores altamente capacitados —fenómeno a menudo denominado “fuga de cerebros” o “brain drain”— puede provocar pérdidas significativas de capital humano, especialmente en países con dificultades para retener profesionales y trabajadores especializados.

En paralelo, numerosos países desarrollados comenzaron en las últimas décadas a implementar políticas migratorias selectivas orientadas a atraer perfiles profesionales específicos vinculados a sectores estratégicos como la tecnología, la ingeniería, la salud y la investigación científica. Esto refleja una creciente competencia internacional por el capital humano altamente calificado, particularmente en un contexto global caracterizado por el envejecimiento poblacional y el descenso de las tasas de natalidad en diversas economías.

En este marco, el análisis de la emigración e inmigración en Argentina requiere considerar no solo la cantidad de personas que ingresan o egresan del país, sino también las características socioeconómicas, etarias y educativas de dichos flujos, así como sus posibles implicancias en el desarrollo nacional a largo plazo.

Emigración

El análisis de la emigración argentina presenta una dificultad metodológica inicial: Argentina no cuenta con un registro único, completo y actualizado que permita medir con precisión cuántos ciudadanos argentinos residen en el exterior, cuál es su nivel educativo o cuáles fueron sus motivos de salida. Por ello, las estimaciones suelen construirse a partir de fuentes internacionales, registros consulares, censos de países receptores y bases de datos de organismos como Naciones Unidas, OIM, OCDE, institutos estadísticos nacionales y centros especializados en migraciones.

Aun con esas limitaciones, la evidencia disponible permite identificar una tendencia clara: durante las últimas tres décadas, y especialmente desde la crisis de 2001-2002, Argentina consolidó un flujo migratorio relevante, orientado principalmente hacia España, Estados Unidos, Italia, Chile y otros países de Europa y América. En 2020, había aproximadamente 1,07 millones de emigrantes argentinos residiendo fuera del país. Los principales destinos eran España, con cerca de 285.000 argentinos; Estados Unidos, con aproximadamente 219.000; Chile, con alrededor de 79.000; e Italia, con

más de 72.000. En conjunto, España y Estados Unidos concentraban cerca de la mitad de la emigración argentina registrada.¹

Las estimaciones más recientes indican que la emigración argentina continuó aumentando en los últimos años. Proyecciones elaboradas a partir de registros consulares y del padrón electoral de residentes en el exterior sugieren que, hacia 2024, aproximadamente 1,8 millones de argentinos residirían fuera del país. Si bien dichas cifras presentan limitaciones metodológicas y no equivalen necesariamente a una emigración permanente consolidada, reflejan una tendencia sostenida de crecimiento de la diáspora argentina en las últimas décadas.²

La elección de estos destinos no es casualidad. España e Italia presentan ventajas lingüísticas, culturales y jurídicas, en especial para argentinos con ciudadanía europea o posibilidad de obtenerla por ascendencia. Estados Unidos, por su parte, se presenta como un destino asociado a oportunidades laborales, académicas, tecnológicas y profesionales. Chile, Uruguay y otros países regionales aparecen como alternativas de cercanía, con menor costo de traslado y mayor facilidad de adaptación. Esta distribución muestra que la emigración argentina combina dos patrones: uno transatlántico, dirigido a países desarrollados, y otro regional, vinculado a oportunidades económicas más próximas.

Desde el punto de vista temporal, la emigración argentina experimentó distintos momentos de aceleración. La crisis económica, social e institucional de 2001-2002 provocó una salida significativa de población, especialmente hacia España. Posteriormente, los ciclos de inestabilidad macroeconómica, inflación elevada, restricciones cambiarias, deterioro salarial y pérdida de previsibilidad volvieron a impulsar la decisión migratoria. Entre septiembre de 2020 y octubre de 2021 se registró la salida de más de un millón de argentinos y extranjeros con documentación argentina, de los cuales más de 50.000 declararon salir por “mudanza”.

Aunque ese dato no implica automáticamente una emigración definitiva, sí refleja un volumen relevante de salidas con intención de residencia en el exterior.³

Un rasgo central de la emigración argentina reciente es su composición social. A diferencia de otros procesos migratorios asociados principalmente a la expulsión extrema o al desplazamiento forzado, buena parte de la emigración argentina

¹ United Nations (UN), Department of Economic and Social Affairs, *International Migrant Stock 2020*, 2020.

² Jefatura de Gabinete de Ministros de la Nación Argentina, Informe de gestión presentado ante el Senado de la Nación sobre argentinos residentes en el exterior, 2024.

³ Dirección Nacional de Migraciones, *Registros administrativos de egresos del país según motivo declarado de viaje*. Ministerio del Interior, República Argentina, 2021.

contemporánea parece estar integrada por sectores urbanos, jóvenes, de clase media y con niveles educativos medios o altos. Esta afirmación debe formularse con prudencia, porque no existe una estadística oficial argentina integral que clasifique a todos los emigrantes según su nivel educativo. Sin embargo, los destinos predominantes, los requisitos migratorios de los países receptores, la inserción laboral buscada y los estudios disponibles sobre la movilidad internacional de graduados argentinos permiten sostener que existe una dimensión significativa de emigración calificada.

En este sentido, el caso de Estados Unidos resulta ilustrativo. El Migration Policy Institute señala que los inmigrantes sudamericanos adultos en ese país presentan niveles educativos relativamente altos: alrededor del 37% posee un título universitario de grado o superior, una proporción similar a la de la población adulta estadounidense y superior a la de otros grupos inmigrantes. Si bien este dato corresponde al conjunto de inmigrantes sudamericanos y no exclusivamente a los argentinos, sirve como indicador aproximado del perfil educativo de los flujos regionales que se insertan en ese mercado.⁴

El fenómeno también debe vincularse con la movilidad internacional de graduados universitarios, investigadores, profesionales de la salud, especialistas tecnológicos y trabajadores calificados. La literatura sobre la movilidad internacional de graduados argentinos señala que la emigración de personas con formación superior se inscribe en un proceso más amplio de internacionalización de los mercados laboral, científico y académico. En países con inestabilidad económica persistente, este proceso puede convertirse en una pérdida neta de capital humano, especialmente cuando los emigrantes no retornan o el país no logra atraer perfiles equivalentes.

Desde una perspectiva etaria, la emigración argentina reciente también parece concentrarse en gran medida en la población joven y económicamente activa. Esto es consistente con los patrones migratorios internacionales: quienes migran suelen hacerlo durante etapas de formación universitaria, de inicio profesional, de consolidación laboral o de formación familiar.⁵ Para Argentina, esto implica un problema adicional, ya que la salida de jóvenes adultos reduce el potencial productivo futuro, afecta la base de aportantes al sistema previsional y debilita la disponibilidad de capital humano en sectores estratégicos.

El elemento más sensible no es solo la cantidad absoluta de argentinos que emigran, sino el tipo de población que se pierde. Si una parte relevante de quienes se van

⁴ Migration Policy Institute, *South American Immigrants in the United States*, 2024.

⁵ International Organization for Migration (OIM), *World Migration Report 2024*, 2024.

pertenece a sectores jóvenes, educados, urbanos y profesionalmente activos, el costo para el país es superior al que indicaría la cifra bruta de emigrantes. La emigración de capital humano calificado implica una transferencia indirecta de recursos: Argentina financia, total o parcialmente, la educación, la salud y la formación inicial de individuos que luego alcanzan su mayor productividad en otra economía.

En términos estratégicos, esto constituye una forma de descapitalización nacional. La salida de médicos, ingenieros, programadores, científicos, técnicos, docentes universitarios, emprendedores o trabajadores especializados no solo reduce la disponibilidad de talento interno, sino que también limita la capacidad de innovación, la modernización productiva y la adaptación tecnológica del país. En las economías contemporáneas, donde el conocimiento constituye un factor central de competitividad, la pérdida sostenida de población calificada puede tener efectos acumulativos a largo plazo.

Las motivaciones de salida suelen combinar factores económicos y no económicos. Entre los primeros aparecen la inflación, la inestabilidad salarial, las dificultades de ahorro, la presión tributaria, la falta de crédito, la escasa previsibilidad y la menor remuneración relativa frente a los países desarrollados. Entre los segundos, destacan la inseguridad, la incertidumbre institucional, la percepción de un deterioro educativo, la baja confianza en el futuro del país y la búsqueda de una mayor calidad de vida. En muchos casos, la emigración no responde a una situación de pobreza extrema, sino a una evaluación racional de oportunidades comparadas.⁶

Por lo tanto, la emigración argentina de las últimas décadas no debe entenderse únicamente como un fenómeno demográfico, sino también como un indicador de malestar estructural. Cuando una proporción significativa de jóvenes formados considera que su proyecto de vida resulta más viable fuera del país que dentro de él, el problema trasciende la decisión individual y revela una debilidad del entorno nacional para retener talento.

En síntesis, la evidencia disponible permite sostener que Argentina presenta una emigración relevante, concentrada principalmente hacia España, Estados Unidos, Italia y países regionales, con una fuerte presencia de población joven y económicamente activa. Aunque los datos disponibles no permiten afirmar de manera absoluta que la mayoría de los emigrantes argentinos sean altamente calificados, sí existen indicios sólidos de que una parte significativa corresponde a

⁶ Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD), *Talent Abroad: A Review of Skilled Migration Trends*, 2023.

sectores medios y urbanos, con formación educativa superior o técnica. Esto convierte la emigración reciente en un problema estratégico para el desarrollo nacional, especialmente en un contexto de bajo crecimiento, envejecimiento demográfico gradual y creciente competencia internacional por el capital humano.

Inmigración

Argentina ha sido históricamente uno de los principales receptores de inmigración en América Latina. Sin embargo, la composición de los flujos migratorios cambió significativamente respecto del modelo migratorio predominante entre finales del siglo XIX y los comienzos del XX. Mientras que durante aquel período la inmigración estuvo compuesta principalmente por contingentes europeos, desde fines del siglo XX y especialmente durante las últimas tres décadas, la inmigración hacia Argentina pasó a estar dominada por población proveniente de países limítrofes y del resto de América Latina.

Según los resultados definitivos del Instituto Nacional de Estadística y Censos correspondientes al Censo Nacional 2022, en Argentina residían aproximadamente 1.933.463 personas nacidas en el extranjero, lo que equivale al 4,2% de la población total del país. Los principales países de origen eran Paraguay, con aproximadamente 522.598 residentes; Bolivia, con 338.299; Venezuela, con 161.495; Perú, con 156.251; y Chile, con 149.082. En conjunto, los inmigrantes provenientes de países limítrofes representaban cerca de dos tercios de la población extranjera residente en Argentina.⁷

A diferencia de la emigración argentina reciente —frecuentemente asociada a destinos desarrollados extrarregionales—, la inmigración hacia Argentina presenta un perfil predominantemente regional. Este patrón responde tanto a la proximidad geográfica y cultural como a las diferencias relativas en ingresos, estabilidad económica y oportunidades laborales en América del Sur. Históricamente, Argentina fue uno de los polos económicos más atractivos de la región, especialmente para trabajadores provenientes de economías limítrofes con niveles salariales relativos más bajos.

En términos ocupacionales, una parte importante de la inmigración regional se insertó tradicionalmente en sectores de baja o media calificación laboral, en particular en la construcción, el trabajo doméstico, la agricultura, el comercio informal, la gastronomía, los textiles y determinados servicios urbanos.⁸ Diversos estudios

⁷ Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2022. Resultados definitivos: Migraciones internacionales e internas*, 2024.

⁸ Ministerio del Interior de la República Argentina, *Diagnóstico de las poblaciones de inmigrantes en la Argentina*. Dirección Nacional de Población, s.f.

académicos⁹ sobre migraciones regionales en Argentina señalan que los colectivos provenientes de Bolivia, Paraguay y Perú presentan niveles educativos promedio inferiores a los de la población nativa argentina en determinados segmentos laborales, aunque también se observan procesos de movilidad social e inserción educativa en segundas generaciones.

Desde una perspectiva demográfica, la inmigración puede tener efectos positivos para Argentina. Al igual que ocurre en numerosos países, la caída de la natalidad y el envejecimiento poblacional progresivo generan desafíos de largo plazo para el sistema previsional, el mercado laboral y la sustentabilidad fiscal. En este contexto, la inmigración puede contribuir a sostener la población económicamente activa y compensar parcialmente los efectos de la transición demográfica.

Sin embargo, diversos estudios internacionales¹⁰ destacan que el impacto económico y social de la inmigración depende en gran medida del nivel de integración laboral, educativa y productiva de los contingentes migratorios. Los países desarrollados tienden cada vez más a implementar políticas migratorias selectivas, orientadas a atraer perfiles vinculados a sectores estratégicos, tecnológicos o profesionales. Esto ha alimentado debates internacionales sobre modelos de inmigración, integración y la competencia global por el capital humano.

En el caso argentino, la política migratoria históricamente mantuvo un enfoque relativamente amplio y flexible en el contexto regional sudamericano. Esto permitió consolidar una importante tradición de recepción migratoria, aunque también generó discusiones recurrentes sobre la informalidad laboral, la presión sobre los servicios públicos, la integración urbana y la capacidad estatal de absorción social, especialmente en grandes áreas metropolitanas.

En términos estratégicos, el principal desafío no reside necesariamente en la existencia de la inmigración, sino en el perfil y la capacidad de integración de los flujos migratorios. En economías cada vez más basadas en el conocimiento, la tecnología y la productividad, la competencia internacional por la población joven y calificada cobra una relevancia creciente. En consecuencia, para países con dificultades estructurales de crecimiento como Argentina, el problema potencial no es solamente recibir inmigración de baja calificación relativa, sino también perder parte de su propia población joven, formada y profesionalmente activa, hacia economías más desarrolladas.

⁹ Cerrutti, M., & Maguid, A., *Familias divididas y cadenas globales de cuidado: la migración sudamericana hacia Argentina*. CEPAL, 2010.

¹⁰ Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD), *International Migration Outlook 2023*, 2023.

Conclusiones

El análisis de la emigración e inmigración en Argentina durante las últimas décadas permite identificar una dinámica migratoria compleja, caracterizada por la coexistencia de una salida sostenida de población argentina hacia economías desarrolladas y de una importante recepción de inmigración regional, proveniente principalmente de países limítrofes y de América Latina.

En términos cuantitativos, Argentina continúa siendo un país receptor de inmigración en el contexto sudamericano. Sin embargo, el aspecto más relevante no radica únicamente en la magnitud de los flujos migratorios, sino en las diferencias en los perfiles socioeconómicos, educativos y ocupacionales entre quienes emigran y quienes ingresan al país. La evidencia disponible sugiere que una parte significativa de la emigración argentina reciente está compuesta por población joven, urbana y económicamente activa, con una presencia relevante de sectores medios y de trabajadores con formación técnica o profesional. Paralelamente, buena parte de la inmigración regional se concentra históricamente en segmentos laborales de baja y media calificación, aunque con excepciones importantes y una creciente heterogeneidad en los últimos años.

Desde una perspectiva estratégica, esta combinación no parecería ser enteramente favorable para Argentina a largo plazo. La salida sostenida de población joven y potencialmente calificada implica una pérdida de capital humano que afecta la capacidad productiva, tecnológica y científica del país. En las economías contemporáneas, donde el conocimiento y la innovación son factores centrales de competitividad, la dificultad para retener talento es un problema estructural relevante.

Al mismo tiempo, si bien la inmigración puede contribuir positivamente a compensar parcialmente problemas demográficos vinculados a la caída de la natalidad y al envejecimiento poblacional, sus efectos económicos y sociales dependen en gran medida de la capacidad de integración educativa, laboral y productiva de los contingentes migratorios. En este sentido, la experiencia internacional muestra que los países más desarrollados tienden cada vez más a implementar políticas orientadas a atraer perfiles estratégicos vinculados a los sectores tecnológico, científico y profesional.

En consecuencia, el principal desafío para Argentina no radica necesariamente en limitar la inmigración ni en cuestionar su histórica tradición receptora, sino en construir condiciones económicas, institucionales y sociales capaces de retener población calificada, atraer talento y mejorar la calidad de la integración de los flujos

migratorios. De lo contrario, el país corre el riesgo de consolidar una dinámica migratoria estructuralmente desequilibrada, caracterizada por la pérdida sostenida de capital humano propio y la incapacidad de reemplazarlo plenamente en términos de productividad, innovación y desarrollo nacional.

Finalmente, los procesos migratorios analizados también sirven como indicador indirecto de las expectativas sociales respecto del futuro del país. Cuando una proporción relevante de jóvenes formados considera que sus posibilidades de desarrollo personal, profesional y económico resultan más favorables en el exterior, la emigración deja de ser únicamente una cuestión demográfica para convertirse en un síntoma de debilidades estructurales más profundas vinculadas al crecimiento económico, a la estabilidad institucional y a la confianza social en el futuro nacional.